

Discurso del doctor Ignacio Chávez

(Pronunciado durante la ceremonia en que rindió protesta como
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,
el día 13 de febrero de 1961)

Honorable Junta de Gobierno
Señores miembros del Patronato
Señores miembros del Consejo Universitario
Funcionarios, maestros y alumnos de la Universidad
Nacional Autónoma
Señoras y señores:

QUIERO que mis primeras palabras sean de agradecimiento a la Honorable Junta de Gobierno, por el honor que me ha conferido al designarme Rector de nuestra Universidad y, muy particularmente, al señor Presidente en turno, por las palabras generosas de bienvenida con que me acoge y con las que me presenta ante la Universidad y la Nación. Son palabras que me llegan muy hondo.

Estoy consciente de lo que significa mi nombramiento; de lo que vale como un honor y de lo que pesa como una responsabilidad, que abrumba. No habrá de turbarme la vanidad para hacer que yo mire sólo lo primero. La vida me ha enseñado cómo a menudo caen sobre los hombres tareas superiores a sus fuerzas; pero me ha enseñado también que nada exalta tanto la voluntad y la energía de un hombre como el deseo de hacerse digno de la misión que le confiaron. Por eso he aceptado el cargo, con espíritu de humildad, pero también con impulso de audacia. No en la actitud del que escala una situación de éxito, sino en la de quien se inclina ante un deber que le impone su país.

En otras condiciones, a esto se hubieran limitado mis palabras; a esto y a mi promesa formal, con valor de juramento, de consagrarme lealmente, cabalmente a las tareas del Rectorado, en actitud de entrega y de fervor. Pero hoy no creo que deba limitarme a eso. Han soplado hace poco rachas de huracán sobre nuestra Universidad; a resultas de ellas, es natural que la población universitaria desee oír algo más que las palabras de cortesía y de promesa de consagración. Por eso, apartándome de la costumbre, quiero añadir algunas que expliquen mis propósitos —no mi programa— al frente de la Universidad. No son éstos el momento ni la ocasión para ahondar en problemas puramente académicos. Ello vendrá pronto, dentro de algunos días, al iniciarse las actividades del nuevo año lectivo. Que ahora me baste con exponer mis móviles y con fijar mis metas en relación con la Universidad.

Bien sabemos que la Universidad en su función educadora no tiene sólo una finalidad sino muchas; pero ella rebasa todos los fines únicos: el saber, la cultura, la formación profesional y la orientación filosófica misma. Los rebasa todos porque los incluye todos. Su meta es más alta, es la de formar un hombre en su integridad y en su aspiración.

Para alcanzar ese objetivo final en que se funden los otros, debe, al mismo tiempo, alcanzar los objetivos par-

ciales, los del saber, los de la cultura y los de la profesión. La Universidad no puede, no debe fallar en ninguno, so pena de lanzar hombres de espíritu mutilado y profesionistas torpes o imprevistos.

Por eso importa que revisemos nuestras normas de enseñanza y de educación, buscando respuestas nuevas para las grandes preguntas de nuestro tiempo.

En materia profesional necesitamos formar hombres de hoy, con la ciencia y la técnica de hoy y no con la de ayer. Firmes en sus bases, ricos de doctrina y seguros de su técnica, capaces de adaptarse a los cambios rápidos de la ciencia de nuestro tiempo. Hombres que entiendan que más importante que el saber en sí, es conocer el camino de acrecentarlo y de rectificarlo. Hombres que salgan a la vida con la capacidad de asumir bien su función profesional y no de simularla. Hombres que siendo servidores eficaces del país, sean capaces de convertirse mañana en sus dirigentes.

En materia cultural necesitamos depurar y elevar nuestros estudios del bachillerato y después todas las disciplinas que dan reciedumbre intelectual y moral. Huir del simple aprendizaje sin crítica y sin valoración. Convencernos de que la cultura, como dice Lagneau, no es sólo un saber, sino un saber aprender, un saber juzgar, un saber resolver. Necesitamos, además, si su cultura ha de ser genuina, formar juventudes que se preocupen de los problemas de su tiempo y de su medio; que no se sientan ajenos a los del hombre de todas las latitudes, sino, al contrario, ciudadanos del mundo.

En materia de investigación necesitamos fomentar el espíritu inquieto del que busca y avanza; del que no se conforma con las verdades hechas, sino que intenta encontrar las suyas. Convencernos de que no hay enseñanza que se renueve sin investigación que la fecunde; de que no hay Universidad que lo sea si sólo es repetidora de doctrinas ajenas y no creadora de nuevas verdades.

Para que todo esto sea posible, la Universidad debe revisar su estructura y comenzar por crear una conciencia colectiva de que necesitamos renovarnos. Primero un llamado de alarma. Que cada quien ocupe su puesto con la conciencia lúcida de su papel. Que el maestro enseñe y que oriente de verdad; que el alumno estudie y madure de verdad; que el funcionario guíe y coordine de verdad; todos con la misma convicción, movidos por el mismo impulso; todos poseídos de la misma mística.

Tenemos frente a nosotros problemas capaces de empañar el optimismo. El mayor de ellos, el que está en la raíz misma de los otros, es el de la sobrepoblación escolar. Treinta y cinco mil alumnos que se aprietan dentro de las aulas y los laboratorios de esta Ciudad Universitaria y veinticinco mil que se están preparando afuera, en nues-

tras Escuelas Preparatorias, para venir mañana. Ese torrente humano de sesenta mil jóvenes que se vierte sobre la Universidad, lo compromete todo, lo ahoga todo. Si no encontramos la fórmula, mañana serán ochenta mil, serán cien mil. Bien está que como mexicanos no podamos dolernos sino, al contrario, regocijarnos de este aumento en el número de los que alcanzan grados superiores de la educación; pero como universitarios, como educadores, no podemos menos que mirar con dura preocupación, casi con espanto, la plétora que nos ahoga y que amenaza transformar la educación individual en una educación de masas, impersonal, tecnificada, anti-humana.

Como frutos viciados de esta situación están la deserción escolar, que alcanza cifras enormes; el descenso en el nivel medio de la cultura, que alarma y está también el relajamiento de las normas morales de la conducta.

Necesitamos atacar todo eso. Inútil decir que no existen panaceas. Inútil, sobre todo, insistir en que estos problemas rebasan la capacidad de un hombre. Si hemos de encontrar soluciones orgánicas ha de ser con la cooperación de todos, con el esfuerzo de todos, con el sacrificio de todos.

Por eso pido la ayuda de toda la Universidad. En resolver estos problemas nos va la vida académica y con ella nos va el futuro del país. Confío en que a partir de hoy cesen las divisiones y se apaguen las rencillas. Que no haya odios, igual que no habrá represalias por pugnas ideológicas. El odio y la venganza no sirven para construir nada alto ni duradero, como no sea un pedestal para Caín.

Pero hay algo en que es preciso insistir. En igual grado que el afianzamiento académico, importa asegurar el del sentido ético. No puede admitirse una educación verdadera sin una sólida vertebración moral. Tanto como el amor a la sabiduría, la dignidad en la conducta y la rectitud en la acción deben inspirar la vida universitaria.

Hay quienes piensan que no es posible gobernar la Universidad sin emplear prácticas viciosas que facilitan el dominio. Rechazo categóricamente esa afirmación. Yo es-

toy seguro de que todos los universitarios auténticos me ayudarán a demostrarlo. Viviremos una vida limpia y decorosa, sin recurrir jamás a prácticas que sean ajenas a la dignidad.

Viviremos también una vida libre. Libre el pensamiento y libre la discusión científica. Como expresión final de esta filosofía, libre la cátedra. Si Universidad es universalidad, aquí deben fluir todas las corrientes del pensamiento y someterse a estudio y a crítica todas las ideas. El sitio del Maestro le asegura el derecho y aun el deber de someter al análisis todas las doctrinas. Sólo hay un límite para este derecho, el de no convertir el sitio de maestro en tribuna al servicio de intereses extraños, ajenos al interés científico y sólo inspirados en afán de proselitismo.

Señores Universitarios: vengo a entregarme a la tarea que se me ha confiado; a entregarme a ella lealmente, cabalmente, con fervor de alucinado. No ofrezco un camino fácil, marchando del brazo de la complacencia y de la promesa demagógica. Por eso es posible que la incompreensión o el egoísmo de unos cuantos levanten obstáculos en el camino y aun provoquen movimientos de subversión. Que el espíritu universitario esté alerta, para hacer oír su voz de condena. Frente al grito iracundo de los que se rebelan, no debe haber el silencio de quienes lo reprueban. El silencio no se oye y sólo sirve para que la duda planeé sobre el silencio.

En vez de amigos que compartan la responsabilidad de esta hora, he buscado colaboradores. Son y serán todos ellos ejemplos vivos de lo mejor que la Universidad produce, tanto por su capacidad como por su rectitud y por su espíritu de sacrificio.

Vengo solo, sin compromiso con nadie; responsable solamente ante mi conciencia, ante la Universidad y ante el país. Llego con todas mis limitaciones como hombre; pero pronto a entregarlo todo, lo que soy y lo que he sido, lo que formó mi vida hasta hoy. Todo eso, que es poco, pero que es todo para mí, es lo que pongo al servicio de la Universidad.